

Ocupación prehispánica y manejo de recursos en el valle de La Paz

Carlos R. Lémuz Aguirre¹; Karina E. Aranda Alvarez¹

¹Sociedad de Arqueología de La Paz.

1. Introducción

Durante mucho tiempo, las investigaciones arqueológicas han considerado a la cuenca del Lago Titicaca como el núcleo del desarrollo de las principales civilizaciones de los Andes Centro Sur. De igual forma, se estimaba que tanto las primeras ocupaciones humanas como el desarrollo de la agricultura y la edificación de los principales centros políticos y culturales habrían estado centralizados en determinados polos al sur y norte de este enorme espejo acuático.

En este entendido, los valles existentes al este y oeste del lago Titicaca, así como la próxima meseta altiplánica, fueron considerados como meras zonas de aprovechamiento de recursos, donde tales entidades políticas tenían espacios territoriales habitados por reducidos y dispersos conjuntos poblacionales, ya sea como colonias, asentamientos afiliados por parentesco, o como pueblos independientes aliados por intereses políticos y económicos, los cuales explotaban las fructíferas tierras agrícolas o se encargaban de extraer, acopiar o procesar el potencial mineral de sus ríos y montañas.

A pesar del favorable clima y los particulares atributos productivos de sus tierras, los valles no llegaron a competir territorialmente con los márgenes del Lago Titicaca, como ejes o centros de desarrollo cultural a lo largo de la historia de ocupación humana de la región.

No obstante, las nuevas investigaciones arqueológicas e históricas van configurando un nuevo panorama sobre la importancia de estos valles y el rol que tuvieron en la configuración política, económica y social de la región a lo largo de su historia prehispánica y colonial.

El presente capítulo es un intento por resumir lo hecho hasta ahora en la investigación sobre el pasado prehispánico del valle de La Paz y darle un nuevo entendimiento al complejo paisaje que nos han legado las antiguas civilizaciones que lo poblaron, extractando como hipótesis que no sólo tuvieron a Chuquiabo, como un asentamiento de paso o de aprovechamiento de recursos, sino como un eje central para la consolidación de estrategias ideológicas, económicas y de poder.

2. Historia de la Ocupación prehispánica en el valle de La Paz

Probablemente las primeras ocupaciones en el valle daten del Arcaico Tardío (6000 a 4000 años AP), período del cual fueron halladas algunas evidencias en las paleo terrazas que flanquean los ríos que descienden de los extensos bofedales y drenan los empinados nevados que dan origen a la cuenca. Hasta la fecha, sólo unas escasas puntas de proyectil y contextos estratigráficos muy aislados han sido relacionados con este antiguo periodo, sin embargo, su sola presencia abre el debate para sugerir su antigüedad (Figura 1).



Figura 1. Punta de proyectil estilo arcaico encontrada en Chullpani.

Uno o dos milenios más tarde, durante el período denominado Formativo, los grupos humanos que habitaron el valle se emplazaron en las mesetas que bordean los principales ríos del lugar (Chijipata, Kallapa, Pampahasi y Achocalla), en su mayoría cercanos a áreas húmedas de pastizales. El clima y ciertas condiciones favorables como el agua y los suelos les permitiría subsistir en base a la producción incipiente de tubérculos y granos, complementando su dieta con proteína animal proveniente de la cría de camélidos y animales menores como el cuy (*Cavia Tschudii nana*).

Para el 400 d.C. grupos filiados al estilo cerámico Tiwanaku establecieron relaciones con la población local y fundaron asentamientos poblacionales nucleares en zonas estratégicas del valle, entre ellos un Putu Putu, (Miraflores), Sopocachi, Llojeta, Pampahasi, Chaski-

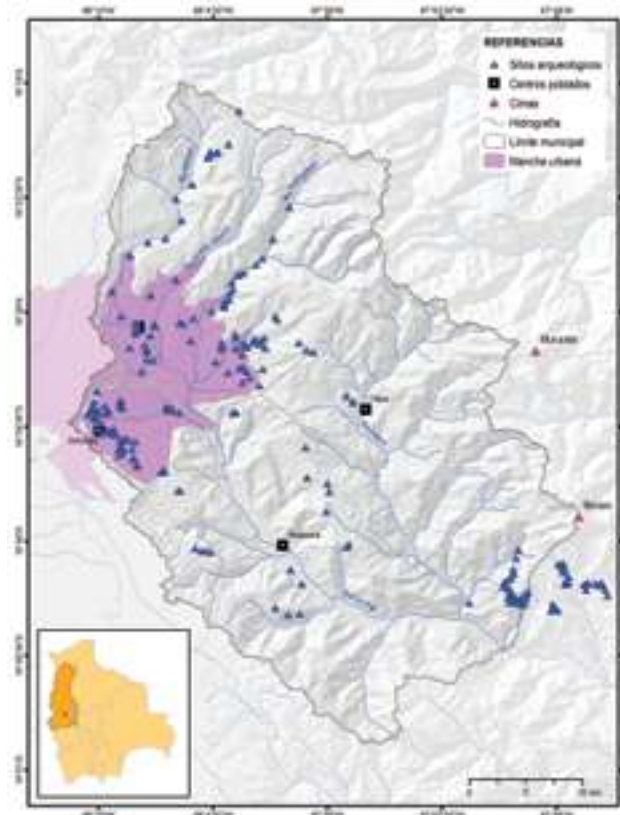


Figura 2. Mapa de ubicación de sitios arqueológicos registrados hasta 2014 en el valle de La Paz.

pampa, Achocalla, Mecapaca y Palca, incorporando mayor tecnología a las labores agrícolas locales y la explotación aurífera de la red de ríos que concentraba la cuenca, incluyéndose en ella, las subcuencas de Achumani, Chuquiayapu, Orqojawira, Cohoni y Achocalla entre otras.

La presencia tiwanacota en la región fue al mismo tiempo intensiva y extensiva, caracterizándose por patrón que no sólo priorizaba las áreas agrícolas y de pastoreo, sino que también aprovechaba y acondicionaba áreas de coluvio en la parte más baja de las serranías mediante la construcción de terrazas de cultivo y plataformas habitacionales. Extensas áreas de la cuenca de Hampaturi, los valles de Cohoni y Santiago de Collana aún albergan restos de estructuras domésticas de planta rectangular, áreas funerarias (cistas ¹), ceremoniales, agrícolas y de almacenamiento vinculadas con esta fase.

Con la entidad política Tiwanaku apuntalada en la región, se habría ampliado el territorio agrícola y multiplicado su producción, además de mejorado y extendido la red de caminos por el que se desplazaban las caravanas de llamas que transportaban los bienes alimenticios y suntuarios para el intercambio con otras poblaciones emplazadas en las zonas de valles sureños y yungas (Palca, Hampaturi, Achachicala, Ánimas). Es-

¹ *Tumbas prehispánicas, compuestas por cámaras cilíndricas subterráneas delimitadas por lajas de piedra dispuestas alrededor (14).*

tos caminos conectaban las cuencas del valle de La Paz con el altiplano (Kenko, SicaSica, Viacha); los yungas del norte (Achumani, la Cumbre, El Choro) y los valles y yungas del sur (Palca, Takesi, Lambate, Irupana). Estos mismos caminos vinculaban los asentamientos de los valles vecinos de Palca (Las Ánimas, Apaña, Chupe, Huaricana, Cohoni, Santiago de Collana, Chanca, Sahapaqui), Mecapaca (Palomar, Lurata, Río Abajo, Chanca) y Achocalla (Mallasilla y Huayhuasi).

Recientes estudios realizados en asentamientos similares en los valles de Charazani (3), Kohoni (4) y Konchamarca (5) sugieren que Tiwanaku instaló en muchos de ellos, no solamente centros administrativos, sino complejos religiosos, ideológicos o rituales, de carácter ceremonial y festivo, ligado a infraestructura doméstica, civil, funeraria y agrícola, empleando para ello tanto a poblaciones de la tierra núcleo de Tiwanaku como a entidades políticas altiplánicas aliadas (6, 7). Estos asentamientos marcaban con claridad la intensión de vínculo intercultural con otras poblaciones y entidades políticas locales, y reflejaban una forma propia de articular alianzas, relaciones y lealtades para manejar los principales ámbitos de la vida económica y social de las comunidades locales (8)

A partir del 1200 d.C., los Señoríos Aymaras sentarían presencia en la región, reutilizando las áreas de ocupa-

ción precedentes y manteniendo la vocación agrícola del valle. Sin embargo, es posible que a partir de esta fase, las labores de extracción aurífera hayan experimentado un incremento a través de la implementación de pozos en las márgenes de los principales ríos (Choqueyapu, Orkojawira, Irpavi y Achumani, entre otros), probablemente debido a que buena parte de las mayores vetas parecen haber sido agotadas por la actividad minera Tiwanaku, ya que durante éste período se mantuvieron puntos de extracción y procesamiento de estaño y oro en la cuenca del río Choqueyapu (9, 10) incluyendo el sector de Milluni, donde se origina la principal corriente hídrica del valle.

Varios trabajos arqueológicos (11, 12, 13) han coincidido en señalar que las actividades pastoriles y de movimiento de caravanas de llamas entre distintas zonas, constituyeron una parte importante de la economía de las entidades políticas aymaras

La incursión Inca en el valle fue precedida por una serie de rebeliones locales, ya que como efecto de esta presencia dominante e impositiva se desestructuraría la organización social y espacial de las entidades regionales, implementando el traslado de mitimaes para asegurarse la administración de una región que se resistía constantemente a ser colonizada (Las figuras 3 y 4 muestran un zonario y un platillo de estilo inca recuperados del yacimiento de Villa Pabón).

Durante el incario se ampliaría la frontera agrícola, modificando radicalmente el paisaje del valle con la implementación, reutilización y extensión de inmensas redes de terrazas de cultivo (Figura 5), en áreas próximas a las tierras calientes o yungas (Hampaturi, Chuquiaguillo, Callapa, Chicani, Apaña, entre otros). De esta manera conseguían abastecer de productos a los profusos enclaves instaurados en el área yungueña, los

mismos que regentaban para el Inca el cultivo controlado de la sagrada hoja de coca.

Paralelamente se incrementarían las labores mineras en el valle, intensificando y perfeccionando la explotación de minas auríferas mediante el empleo de galerías² (las cuales estarían reservadas para la extracción exclusiva de los Incas) y controlando el laboreo minero que realizaban los locales y los mitimaes en los lavaderos de los ríos (14, 15).

Por otro lado, los Incas, afinarían el sistema vial implementado por los tiwanacotas, añadiendo en muchos casos nuevas rutas con el objetivo de acceder y controlar fructíferas áreas de explotación agrícola, minera y pastoril.

Formalizaron y ampliaron los caminos que conectaban el valle con los yungas, el altiplano y los valles mesotérmicos, incorporándolos a un sistema vial integrado (QhapaqÑan) de casi 6950 kilómetros, el cual vinculaba un amplio territorio (desde el sur Colombiano hasta el norte Argentino) (16). En el siglo XVI, a partir de las incursiones españolas en la región, los asentamientos indígenas que existían en torno a los ríos principales del valle de La Paz, serían desplazados por el contingente ibérico para emplazar el poblado español en la altiplanicie oeste del valle, entre los ríos Choqueyapu y Humawaka; reduciendo a los indígenas locales hacia la margen derecha del río Choqueyapu, estableciendo así el poblado y la Plaza de indios.

A finales del mismo siglo, la plaza española contaba ya con 28 manzanos definidos en damero y diversas igle-

² Resabios de estas galerías prehispánicas y coloniales, fueron descubiertos en zonas como Chuquiaguillo, San Jorge y Av. del Poeta. Se trataba de galerías ramificadas, perforadas en los taludes próximos a los ríos, las mismas presentaban canales de desagüe confeccionados con cantos rodados y argamasa de barro (18).



Figuras 3 y 4. Cerámica Inca proveniente del valle alto de La Paz (Villa Pabón)



Figura 5. Vista satelital de la zona de Lorokota, Hampaturi, donde se aprecia la extensa modificación de las laderas con terrazas agrícolas, residenciales y de control de erosión

sias que se establecieron en la Plaza Mayor y los poblados de indios (17).

Para el siglo XVII, los poblados de indios a cargo de curatos como San Sebastián, San Francisco, San Pedro y San Pablo y Santa Bárbara, se verían definidos en las afueras de la ciudad, hábilmente divididos por las condiciones hidro-geográficas del valle.

Estos curatos serían los encargados de proveer de productos a la ciudad española, y a las zonas vecinas (Potosí y Cuzco), instalando chacras y obrajes al norte, este y sur del valle, e implementando caminos que conectaban la ruta de Lima (actual Garita de Lima) con las importantes vías comerciales de los yungas del norte y del sur. Durante este período es que se consolida la vocación agrícola del valle de PutuPutu (Miraflores) y la vocación textilera de Saillamilla (actualmente conocido como Obrajes).

Sin embargo, La Paz no se distinguía por ninguna de sus manufacturas, sino por constituirse en el segundo mercado de consumo del Alto Perú, y como tal se dedicaba a consumir manufacturas en lugar de venderlas, estableciendo una vocación de “ciudad comerciante” (que se mantiene intacta hasta la actualidad), la cual aunada a su dedicación al transporte de productos entre Lima y Potosí, le otorgaban un amplio margen para abastecerse de productos no locales.

Para 1661, proliferaron en la ciudad una amplia gama de industrias fundamentalmente dedicadas al rubro de la construcción (tejas, ladrillos, etc.), cuero y maderas. Los artesanos pasaron a ser la población más numerosa, adquiriendo una madurez política que los encumbrió como precursores de la independencia nacional.

En el siglo XVIII, los ayllus fueron reducidos a curatos o parroquias de indios (San Pedro, Chuquiaguillo, Achumani, Callapa y Hampaturi), que concentraban el ga-

nado vacuno y camélido de la ciudad (tal es el caso de Achumani, Cotacota e Irpavi).

Durante el siglo XIX, y luego del traumático Cerco a La Paz (que significó la destrucción de buena parte del pueblo de indios), se inició la reconstrucción de la ciudad. Este evento dio inicio a la nueva configuración que sufriría el entramado urbano, comenzando con la desaparición de los barrios de indios para incorporarlos al conjunto urbano y en la construcción de edificaciones clasicistas monumentales.

3. Modificación del paisaje y explotación de recursos

3.1. Tecnología agrícola y manejo de cuencas:

Las características particulares del valle de La Paz (suelos de alta productividad, disponibilidad de agua para riego, áreas de bofedales y turberas, clima benigno y acceso directo a diverso tipo de recursos del altiplano, valles y yungas), fomentaron el aprovechamiento de las áreas cultivables, tanto en las zonas altas puneñas donde el empleo de *qochas*³ (19) permitía un manejo adecuado del agua con fines agropecuarios (lo que implicaba la maximización del aprovechamiento del agua de lluvia en terrenos planos, altos y no irrigables), como en las márgenes inundables de los ríos, donde se beneficiaban de las extensiones pedregosas para construir profusas plataformas de cultivo.

El desarrollo de terrazas de cultivo en áreas de alta y mediana pendiente (Figura 6), fue una medida destinada a ampliar la frontera agrícola en áreas escarpadas de difícil acceso, tal como se observa en las laderas de Hampaturi, Cohoni y Collana. De esta manera era posible incrementar la producción (de tubérculos y granos fundamentalmente), permitiendo minimizar la pérdida

³ Las *qochas* o *q'otañas*, son reservorios artificiales de agua, construidos para coleccionar y almacenar agua de lluvia, empleándola luego de manera planificada con fines agrícolas y pecuarios.

de suelo orgánico por erosión y controlando los riesgos de mazamoras e inundaciones en las zonas bajas

Esta actividad agrícola se vio reforzada por el empleo de técnicas de labranza apropiadas a zonas alejadas y/o de difícil acceso. Para ello se empleaban azadones o *taqlla*⁴ líticos (que por su tamaño y forma posibilitaba su transporte y manipulación sin mucho esfuerzo) determinando así el tipo y las condiciones del cultivo, el tamaño del mismo y la altitud.

La conservación de las áreas agrícolas era a su vez, complementada con el mantenimiento de las áreas de bofedal y turberas de los pisos altoandinos y puneños; las cuales no se destinaban a asentamientos humanos, debido a la necesidad de protección de acuíferos (que abastecían de riego a la producción local), a su alta capacidad como zonas de cría y pastoreo de camélidos, a la posibilidad que ofrecían para la caza de otras especies aprovechables con alto valor proteínico y al aprovechamiento de las turberas como importantes

⁴ La labor de sembrado con este tipo de instrumentos no requería necesariamente preparación de la tierra (para el cultivo de tubérculos principalmente) y se empleaba una mínima cantidad de personas para la faena (dos individuos: el tajillero y el ayudante que siembra). En la actualidad este sistema de sembrado es muy útil en los sistemas agrícolas andinos que emplean ciclos rotativos de cultivo en zonas de difícil acceso o aridez (27).

3.2. Caminos:



Figura 7. Ingreso al camino precolombino de Takesi.

Un factor que posibilitó la continuidad y florecimiento de diversos asentamientos humanos en el valle a lo largo de miles de años, fue la incorporación de diferentes regiones y eco-zonas a la economía de aprovisionamiento local. Para ello, se desarrolló, perfeccionó (principalmente durante la administración incaica) y amplió una red de caminos empedrados formales y caminos secundarios (Figuras 7 y 8); interconectando -los primeros- un importante eje económico interregional que posibilitaba el acceso a productos provenientes desde el altiplano (tubérculos, leguminosas y ganado camélido), las cabeceras de valle (cereales), los valles

fuentes de tierra para mejorar la calidad de los suelos habilitados más allá de la frontera agrícola.

El amplio conocimiento que los pueblos prehispánicos poseían sobre la calidad de los suelos del valle (reellenos cuaternarios que descansan sobre formaciones poco consolidadas de sedimentos morrénicos) y los procesos geológicos activos a los que se encontraban sujetos (erosión eólica y pluvial, deslizamientos e inundación), determinó la exclusión de estas zonas como áreas de ocupación.



Figura 6. Complejo de terrazas y canales del sistema agrícola de los valles de la subcuenca de Palca.



Figura 8. Camino prehispánico Saytu (Achocalla) – Huajchilla (Mecapaca).

interandinos (maíz, frutas, hortalizas, legumbres) y los yungas (coca y frutos tropicales) (20, 21).

Resabios de estos caminos se encuentran aún conectando el valle de La Paz con el área altiplánica rumbo a los valles interandinos (Kenko-Sahapaqui-SicaSica). Otros caminos formales que fueron reutilizados y ampliados por los incas constituyen actualmente atractivos turísticos, los mismos que forman parte de la red vial de caminos prehispánicos Qapaq Ñan. Entre estos se destacan: el Takesi (que en su trayecto une el valle de La Paz, Palca y Chulumani, desde donde se despren-

den una serie de ramales secundarios que se internan en los Yungas Chapis); el camino prehispánico de Yunga Cruz (el cual parte de las inmediaciones del Illimani hasta desembocar en Chulumani e Irupana); y el Choro (el cual se registra desde la cuenca de Hampaturi, la Cumbre, la comunidad de Chairo y se extiende hasta llegar a la localidad actual de Coroico). Asociados a estos caminos se encuentran una serie de tambos⁵, apachetas, puentes, canales de desagüe, muros de contención y graderías (23).

Por otro lado, la construcción de caminos secundarios (Figuras 9 y 10), estaba orientada a mejorar el acceso y la comunicación entre los valles y cuencas vecinas, los

⁵ Estructuras rectangulares de filiación incaica; las cuales, instaladas al borde de los caminos principales, hacían las veces de hospederías o alojamientos, en las que descansaban y se proveían los viajeros.



Figura 9. Camino secundario en Lorokhota.



Figura 10. Camino secundario en Lluto-Nuñumuñani.

cuales (de acuerdo a la gradiente altitudinal, la calidad de los suelos y la variación climática), se especializaban en la producción de determinados productos, que eran posteriormente distribuidos e intercambiados en el ámbito local.

Estos caminos de interconexión más bien local, se hallan relacionados a cuencas como Hampaturi-Achumani-Chasquipampa (en el valle paceño); valles como Huaricana-Collana-Cohoni (en Mecapaca y Palca); Mallasa-Achocalla-El Alto (Achocalla); Huaricana-Yanari Bajo-Chanca o Palomar-Chanca-Sahapaqui (en Mecapaca), encontrándose la gran mayoría, asociados a áreas de cultivo (tanto en plataformas de río como en terrazas), áreas de almacenamiento y de pastoreo.

3.3. Asentamientos:

El trabajo de la arqueología en los pasados 60 años, y particularmente en los últimos 15 años, se ha abierto a entender los procesos culturales del valle de La Paz desde una perspectiva regional, siendo centrales la identificación, descripción y estudio de los principales asentamientos humanos que ocuparon puntos estratégicos, y cuya historia parece haberse remontado hasta sus primeras poblaciones agrícolas (24). Se describen a continuación los asentamientos más representativos hasta ahora identificados y estudiados en la cuenca.

3.3.1. Putu Putu (Meseta de Miraflores):

El asentamiento de Miraflores o Putu Putu, como se le llamaba hasta antes de iniciar su inserción al área urbana de La Paz (1929-1941), se extendió sobre una superficie de aproximadamente 50 ha, incluyendo todos los rasgos de actividad cultural prehispánica con la que estuvo asociado, el cual estuvo emplazado en las inmediaciones de lo que hoy es la plaza Germán Busch.

El material cerámico proveniente del yacimiento (Figura 11), al igual que los restos de arquitectura prehispánica que han sido documentados, nos hablan de una ocupación que podría haberse iniciado hacia el 400 d.C. como parte del área productiva de organizadas comunidades agrícolas locales, más tarde vinculadas con la entidad política Tiwanaku, que emergió poderosamente en toda la región de la cuenca del Lago Titicaca y se sostuvo por más de 600 años. La presencia de torres funerarias y restos cerámicos y líticos característicos de las comunidades aymaras altiplánicas y otras más propias de los valles secos y mesotérmicos también se hallan representadas en sectores claramente delimitados del yacimiento.

Tal como los arqueólogos Portugal Zamora (25) y Ponce Sanjinés (26) sostenían, el asentamiento de Putu Putu poseía un núcleo poblacional Tiwanaku muy importante que pudo albergar edificaciones de naturaleza tem-



Figura 11. Keru zoomorfo encontrado por Maks Portugal Z. en Miraflores (Putu Putu).



Figura 12. Galería para explotación minera.



Figura 13. Asta de Taruca para labores mineras

plaria o al menos pública – ritual de importancia supra local. Se estima que este sector estaría comprendido entre las calles Haití por el norte; la Av. José Carrasco por el sur; las avenidas Iturralde y Soria por el este y la calle Paraguay por el oeste.

Durante la presencia Tiwanaku, Miraflores fue un asentamiento de agricultura intensiva muy bien estructurado en base a plataformas niveladas, soportadas por muros de contención construidos en piedra y redes de canales que aprovecharon los ríos que cursaban su territorio. Un núcleo poblacional residencial ocupó parte de la ladera del Cerro Santa Barbará, el Cerro Calvario y el entorno del área donde actualmente se halla la plaza Busch (27, 28, 29) además de caseríos aislados entre el Cerro Laicaqota y el parque Triangular. Gruesos estratos han sido identificados para este período conteniendo concentraciones muy densas de basura donde se reconocieron restos materiales que indican que la dieta de la población durante esta época estuvo fincada en el consumo de carne de camélido, cuyes y venado además de productos agrícolas variados entre los que se destacan el maíz y la papa.

La importancia de este asentamiento parece reflejarse en la gran cantidad de artefactos finamente decorados, la mayoría rituales y de ofrenda que han sido recuperados de diversos puntos del territorio, sugiriendo que este lugar pudo ser un nodo importante de la red administrativa – ritual que Tiwanaku articuló en toda la región desde el 500 d.C.

Ocupaciones multiétnicas incluyendo poblaciones Pacaje y aquellas que circulaban desde los valles secos y mesotérmicos también fueron parte de los residentes de Miraflores, una vez que Tiwanaku y sus poblaciones aliadas lo abandonaron. De esta fase se identificaron concentraciones de material cerámico y rastros de entierros en torres funerarias, principalmente en las laderas de los cerros que limitan la zona.

Con la presencia Inca, las terrazas se intensificaron fuertemente, tal como lo muestran los cerros que flanquean la cuenca a la altura de Chuquiaguillo. Es-

tas poblaciones estaban distribuidas en las laderas de los principales cerros del lugar como Santa Barbara, Laycaqota, Santa Bárbara y Villa Pabón, donde también emplazaron edificaciones funerarias y de ofrenda. Sin embargo, la explotación de oro en placeres aluviales fue la principal actividad en esta zona, motivo por el cual la proporción de asentamientos residenciales y campamentos cerca al río se incrementaron considerablemente, teniendo como evidencia los rastros de actividad minera prehispánica reportados por Max Portugal y Jorge Rivera en los márgenes del río Orkojawira (29) (Figuras 12 y 13)

3.3.2. Chijipata, Kellumani (Cuenca alta del río Achumani):

El sitio arqueológico de Chijipata constituye un importante asentamiento prehispánico residencial, funerario y agrícola de 33,71 ha de extensión. Se encuentra emplazado a 3850 m en la meseta de Chijipata, ubicada entre las intersecciones de la Quebrada Achumani y el río Umapalca.

Las buenas condiciones climáticas y la alta accesibilidad a diversos recursos (riqueza orgánica del suelo, profusión de manantiales y vertientes, abundancia de áreas de bofedal, alta variedad de materia prima para la confección de artefactos líticos y proximidad hacia las diferentes cuencas vecinas), determinó la manutención ocupacional de la meseta desde épocas tempranas hasta la actualidad.

Los trabajos arqueológicos desarrollados en la zona (30, 31, 32) coinciden en señalar que el poblamiento del área se habría iniciado desde el período Formativo medio y tardío (1000 a.C.- 500 d.C.), expresado en el hallazgo (tanto en superficie como en excavación) de material cerámico característico de esta entidad (tipo de pasta, morfología, presencia de desgrasante vegetal y gruesos gránulos de cuarzo angulares).

Posteriormente se evidencia la presencia de una intensa ocupación tiwanacota (400-1100 d.C), la misma que se habría asentado en un pequeño montículo ubicado en el extremo sur-este de la meseta. Este asentamien-



Figura 14. Cuchara de hueso de camélido.



Figura 15. Torre funeraria o Chullpar de Chijipata



Figura 16. Cista funeraria localizada en la zona de Chijipata

to, se encuentra definido por una ocupación doméstica central con áreas diferenciadas de actividad, en las que se desarrollaban tareas de descarte, de preparación y procesado de alimentos, de laboreo agrícola, y de actividades rituales y funerarias.

Durante esta fase, se incrementó la producción agrícola, implementando terrazas de cultivo en la parte alta de la meseta y en áreas adyacentes. La presencia abundante de azadas, azadones, manos de moler, batanes y alisadores, nos indican una actividad intensiva de producción y procesado de alimentos.

La alta densidad de material óseo de camélido y algunos instrumentos (wichuñas ⁶, Cucharilla, ver Figura 14) confeccionados en este material, no sólo constituyen un buen testimonio de la dieta de estas poblaciones, sino que también revelan el empleo preferencial de estos recursos y el manejo de áreas de pastoreo próximas al asentamiento.

Posteriormente, a partir del 1200 d.C., nuevas poblaciones inca-pacajes se asentarían en el lugar, manteniendo la función residencial-funeraria de la meseta, reutilizando las áreas agrícolas e incrementando el uso de las áreas pastoriles, para lo cual establecerían una serie de senderos troperos que conectarían el asentamiento con zonas de bofedal más alejadas.

El mayor indicador de este asentamiento está constituido por un área mortuoria, regentada por torres funerarias o chullpares construidas en adobe (Figura 15); alrededor de estas estructuras se encontraban una serie de entierros en cista muy bien conservados (Figura 16).

Lamentablemente estos entierros fueron destruidos por los vecinos del lugar en el año 2008, dejando en pie sólo una torre funeraria, la cual domina la visual del río Humapalca y la quebrada Jutu Kkollu.

⁶ Especie de peine manual precolombino, fabricado con hueso de llama o alpaca, empleado generalmente para presionar el hilo de trama de manera que el tejido sea más compacto y ofrezca una mayor resistencia.

3.3.3. Chullpani (Serranía alta de la Cuenca de Achumani):

Se trata de un asentamiento arqueológico residencial y agrícola de 4 hectáreas de extensión, emplazado en la meseta de Chullpani, que tiene un espacio de poco más de 50 hectáreas, limita al este y norte con las serranías de Aruntaya y al sur con un conjunto de riscos y farallones que acaban en el curso serpenteante del río Achumani.

El estudio de áreas arqueológicas potenciales del valle de La Paz (24) reconoce a la meseta de Chullpani como principalmente apta para la agricultura intensiva de baja pendiente y en algunos sectores para el desarrollo de agricultura en zonas de coluvión con aplicación de tecnologías para el manejo de suelos. Sin embargo, tanto su posición como su acceso a fuentes de agua corrientes, la ubican como propicia de albergar asentamientos humanos prehispánicos muy semejantes a los que describe Angelo (33) para los valles de la región de Tupiza.

El análisis del material cerámico colectado en superficie sugiere que el asentamiento fue primeramente ocupado durante el Formativo Tardío (100 a 500 d.C.), y continuado entre el 400 y 1200 d.C., por poblaciones contemporáneas o vinculadas con la entidad política Tiwanaku, cuyo centro principal se ubicó en las cercanías de la cuenca sur del Lago Titicaca (Figura 17).

Restos de estructuras habitacionales de forma cuadrangular con basamento de cantos rodados, fueron identificados en superficie junto con una cantidad extraordinaria de implementos agrícolas, principalmente azadas, chaquitajllas o taquisas, alisadores, raspadores, perforadores, puntas de proyectil y cortadores, la mayor parte elaborada a base de piedras pizarra, limolita y andesita (Figuras 18 y 19).

Junto a las estructuras habitacionales fueron encontrados varios enterramientos directos y en cista, conteniendo restos óseos que aun poseían vestigios de los collares y adornos con los que fueron enterrados, la mayoría elaborados con cuentas de jaspe y lapislázuli.



Figura 17. Fragmento de base de tinaja con impronta de cestería.



Figura 18. Fragmento de un mortero lítico.

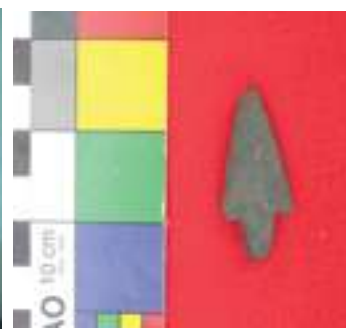


Figura 19. Punta de proyectil lítica.

La escasa presencia de material correspondiente a fases posteriores a la presencia Tiwanaku en la región, podría deberse a un eventual abandono o cambio de uso del sitio.

Por la cantidad y diversidad de material lítico para la agricultura y el trabajo hogareño encontrado en el asentamiento de Chullpani, es posible pensar que este fue un centro productivo que manejó la explotación agrícola de gran parte de la cuenca durante el periodo Tiwanaku (34).

3.3.4. Pampahasi:

Las evidencias arqueológicas recopiladas en las postrimerías del siglo XX y comienzos del siglo XXI, permiten señalar que el área de Pampahasi albergó diferentes ocupaciones humanas durante un período de tiempo que alcanza casi los 2000 años.

Desde los primeros trabajos arqueológicos desarrollados por Maks Portugal y colaboradores (35, 36), en el barrio de Villa Salomé y la denominada "Ciudad del Niño" (Figura 20), hasta las últimas investigaciones llevadas a cabo en la Estación Terrena Tiwanaku de ENTEL (37, 38) y las áreas vecinas (39), mucho ha cambiado el panorama prehispánico que los primeros investigadores bosquejaron del lugar.

La secuencia ocupacional nos habla inicialmente de la existencia de uno de los yacimientos más tempranos registrados en valle de La Paz (1600 a.C.). El mismo corresponde a un asentamiento temporal de cazadores recolectores, caracterizado por el hallazgo de puntas de proyectil, restos de cervidos (Taruca) e instrumental lítico para corte y descarte, que fueron encontrados en los estratos culturales más antiguos de la Estación terrena Tiwanaku por Arellano y Reguerin (38).

Lamentablemente la importancia de este hallazgo se ve eclipsada por la inexistencia de fechados absolutos para el sitio, motivo por el cual aún se mantiene en reserva su antigüedad.

Posteriormente el registro arqueológico permite iden-

tificar la presencia de asentamientos formativos (1000-100 a.C.) en las mesetas próximas al río Irpavi; identificados principalmente gracias al hallazgo de material cerámico en las laderas de Villa Salomé.

A partir del mismo es posible inferir que se asentaron en el lugar unidades domésticas dedicadas a las prácticas hortícolas y a la domesticación y crianza de camélidos, tal y como ocurrió en otras zonas del valle (Kellumani y Villa Fátima) y el altiplano circumlacustre.

Durante la ocupación Tiwanacota (800-1100 d.C.) del área, Pampahasi habría sufrido diversas transformaciones a raíz de la implementación de una serie de terrazas agrícolas (visibles aún en Chinchaya y las áreas próximas a Chicani) que les permitían acceder a nuevas áreas de siembra en ladera, posibilitando también el control de la erosión eólica y pluvial.

Asociadas a estas, se encontraban diversos caminos formales empedrados (con canales de desagüe y graderías) que conectaban la zona con las diferentes cuencas del valle (Achumani y Chasquipampa entre otras), y a estas



Figura 20. Imagen satelital de la zona de Pampahasi con referencias de ubicación de los barrios prospectados arqueológicamente.

con el altiplano y los yungas, tornando inclusive más accesibles las inmensas áreas de pastoreo y caza presentes en las altiplanicies de Huallatanipampa y la Cumbre.

De acuerdo a los hallazgos arqueológicos (Figura 23), el

área central del asentamiento residencial tiwanacota de Pampahasi, se encontraba emplazado en la meseta de la Estación terrena Tiwanaku extendiéndose hasta la ladera suroeste del barrio de Villa Salomé Bajo (en los predios de la denominada Ciudad del Niño).

3.3.5. Hampaturi (Cuenca alta del río Qallapa - Irpavi):



Figura 21. Petroglifo de la zona de Hampaturi. **Figura 22.** Petroglifo republicano con figuras de bailarines. **Figura 23.** Petroglifo describiendo una escena de caballería.

Diversos trabajos de reconocimiento y prospección arqueológica realizados en Hampaturi (39, 40, 41), arrojaron como resultado la identificación de diversas evidencias culturales prehispánicas, que en conjunto atestiguan la gran importancia que esta cuenca poseía como reservorio hídrico, agrícola y pastoril; constituyéndose también en significativa área de tránsito e interconexión entre el valle alto de La Paz, el próximo altiplano y los yungas del norte y del sur.

La presencia de un monumental complejo agrícola compuesto por una serie de terrazas de cultivo, canales de drenaje e irrigación, muros de contención, áreas de almacenamiento y caminos empedrados secundarios (que relacionan diversas áreas de producción y almacenamiento), patentizan no sólo la intensiva y extensiva ocupación a la que fue sometida la región, sino también la dinámica modificación antrópica que modeló el paisaje que actualmente contemplamos.

El registro arqueológico sugiere que el área fue ocupada inicialmente por poblaciones Tiwanaku, las cuales habrían modificado las laderas de los cerros para instalar una serie de terrazas agrícolas y diversos caminos que permitían el acceso a las mismas, desde los asentamientos residenciales instalados en Callapa, Chicani y Pampahasi.

Posteriormente se habrían asentado en la región diversas entidades políticas regionales (Pacajes y Lupacas), cuyas torres funerarias aún es posible observar en las zonas de Callapa y Chicani. Estos grupos habrían mantenido las áreas agrícolas pre-existentes, desarrollando una serie de senderos troperos y ampliando el uso de áreas de bofedal para el pastoreo de camélidos.

Asociado a estas áreas, se encuentra un conjunto de paneles rupestres (Huallatanipampa), grabados en pizarra y arenisca (Figuras 21 a 23). Estos petroglifos presentan diversos motivos geométricos (líneas en zigzag, círculos, cruces, entre otros), zoomorfos (camélidos fundamentalmente) y antropomorfos; constituyendo un sutil demarcador de área para las zonas de bofedal y los senderos de acceso a estas. Una práctica muy común que se mantuvo y rearticuló con algunos matices durante el período incaico y colonial, siendo reutilizada y modificada durante las guerrillas independentistas para señalar las áreas de paso “libre” y protegido entre el valle alto, las cuencas del sur y los yungas (a este período corresponden las superposiciones de escenas de lucha o conjuntos humanos a caballo armados con rifles, sobre escenas de pastoreo prehispánicas).

Con la llegada del contingente incaico a la región, la escala de la producción agrícola se amplió exponencialmente con el tendido de terrazas agrícolas hasta conformar inmensos complejos asociados a áreas de almacenamiento en silos, ubicados tanto en áreas de ladera (Lorokhota) como en áreas próximas a lechos de río (Palcoma y Chicani).

Paralelamente, ensancharían los caminos principales que confluían hacia los yungas (Choro, Takesi, etc.), multiplicando las vías secundarias que interconectaban las áreas agrícolas y de pastoreo.

3.3.6. Chullpaloma – Cohoni (Palca):

La región de Cohoni ubicada en las faldas del nevado Illimani, perteneciente al municipio de Palca, fue inicialmente identificada por Max Portugal como una zona de intensa actividad de tránsito en época prehispánica, debido a la numerosa cantidad de caminos que



Figura 24. Vista panorámica de los sitios Calvario Chico y Pukar Pata.



Figura 25. Estructuras habitacionales en Chullpa Loma.



Figura 26. Vista panorámica del sitio de Chullpa Loma.

confluían en la región y la extraordinaria transformación que tiene su paisaje como efecto de la acción de las culturas prehispánicas que la habitaron. Los primeros registros de sitios arqueológicos en la región comprende la presencia de 4 asentamientos de gran tamaño y complejidad: Inka Marca, Tanari, Chullpa Loma y El Calvario (Figura 24), la mayoría con presencia de ocupaciones Tiwanaku. Fernández indica que Cohoni fue parte de un asentamiento Tiwanaku tipo diáspora (42) o colonia estructurada bajo un régimen jerárquico instituido desde la tierra de origen, con la cual mantuvieron un lazo o vínculo político, social y cultural estrecho. Más tarde, con la ocupación Inca y la instalación de centros administrativos (probablemente en Huni o en Palca), el potencial agrícola de la región fue intensamente explotado en base a una nueva reorganización del paisaje con mayor infraestructura agrícola, hidráulica y de caminos.

Uno de los sitios más importantes y de mayor tamaño de la región es Chullpa Loma, que se ubica al sur de la comunidad de Tanin Pata emplazado en un cerro empinado del cual toma su nombre, el cual es actualmente parte del límite con la comunidad de Pucaya.

Chullpa Loma (Figuras 25 y 26) es un sitio residencial, funerario, ligado a infraestructura agrícola e hidráulica, vías camineras prehispánicas y arquitectura pública ritual o religiosa de aproximadamente 11,6 ha.

Según Villanueva (43), la ocupación Tiwanaku en Cohoni se habría dado en su fase terminal y muy enlazada con las primeras ocupaciones Pacajes en la región, periodo en el cual las poblaciones locales desmembradas del enorme poder político de Tiwanaku en la región, mantuvieron su identidad de referencia otorgada por la tierra núcleo, aún con la entidad política en proceso de descomposición.

3.3.7. Kollana (Mecapaca):

El denominado pueblo indígena de Kollana se encuentra emplazado en la parte alta del cantón Mecapaca. Constituye un amplio valle cerrado depositado en uno de los contrafuertes del nevado Illimani.

Vecino de la importante área arqueológica de Cohoni; Kollana alberga una serie de terrazas de cultivo prehispánicas que se extienden desde la comunidad de Cupi Cupini hasta Santiago de Collana y la Estancia Jayacani.

Los recientes trabajos arqueológicos realizados en la región, permitieron identificar la presencia de material cerámico de filiación tiwanacota, incaica, colonial y de valles mesotermos. Debido a su estratégica ubicación, esta región alberga una red de extensos caminos prehispánicos, que en algunos de sus segmentos conecta la región baja del río La Paz con Huaricana y Santiago de Kollana, hasta desembocar en las áreas terraceadas de las laderas de Cohoni (Figuras 27 y 28).



Figura 27. Camino prehispánico que liga Kollana con el oeste



Figura 28. Camino prehispánico empedrado que atraviesa Kollana.



Figura 29. Petroglifo de Achocalla.



Figura 30. Torres funerarias de adobe de Uypaca.



Figura 31. Torres funerarias de Kaque Marka

3.3.8. Achocalla:

Achocalla es un valle alto que alberga uno de los sistemas de asentamientos prehispánicos más extenso y mejor conservado en la cuenca del río La Paz. Si bien fue visitado por numerosos investigadores en la primera mitad del siglo XX, no fue hasta la década de 1980 que se emprendieron estudios arqueológicos más sistemáticos y con una orientación regional, entre ellos se cuentan Max Portugal Ortiz, que en 1987 lideró una pequeña prospección en las zonas de Kañuma y Uypaca, donde además de registrar las torres funerarias, identificaron la presencia de un asentamiento Tiwanaku de gran tamaño.

Casi de manera paralela, estudios universitarios dirigidos por la arqueóloga mexicana María Heredia, documentaron sitios de arte rupestre, estudios y registros que fueron continuados por Mathias Strecker (50) de la Sociedad de Investigación de Arte Rupestre de Bolivia (SIARB) (Figura 29). Sin embargo, el mayor aporte efectuado a la investigación arqueológica de este valle fue liderado por el arqueólogo Marcos Michel que dirigió campañas de prospección por cobertura total y reconocimientos asistemáticos en la parte media y más poblada del valle (3600 a 3900 m s.n.m), sobre un total de 67 km², entre los años 1998 y 2000, producto de este trabajo, se documentaron 41 sitios entre asentamientos y eventos aislados de distintos periodos prehispánicos (45, 46, 29).

Las únicas excavaciones sistemáticas en la región fueron efectuadas por el arqueólogo José Luis Paz (47) de la Universidad Mayor de San Andrés en el sitio Tiwanaku denominado Ach-10, en un sector amenazado por el acelerado proceso de urbanización local.

Como resultado de estas investigaciones se ha establecido una secuencia de ocupación que indica que la subcuenca de Achocalla fue habitada inicialmente por grupos agroalfareros del periodo Formativo Medio, entre el 800 al 100 a.C. Estas poblaciones parecen haberse multiplicado e interactuado con otras regiones, para llegar a organizarse en núcleos de mucho mayor tamaño y mayor presencia y articulación política, que es lo que se observa durante la fase local del Formativo

Tardío, cuya producción cerámica resulta muy similar a la estudiada en la cuenca del Lago Titicaca. Hasta la fecha 5 asentamientos de significativo tamaño (mayor a 1/2 hectárea) presentan este componente.

Achocalla tuvo sus mayores cambios productivos y de paisaje durante la presencia de población Tiwanaku, que ocupó preferentemente zonas de asentamiento que estuvieron pobladas durante el Formativo Tardío, sugiriendo una continuidad en la ocupación (46, 48). Michel ha sugerido la existencia de una jerarquía en el patrón de asentamientos, tanto por el tamaño como por la calidad y cantidad del material cerámico encontrado en estos sitios, los cuales son mayoritariamente decorados, de alta calidad y muchos de función ritual.

Hasta la fecha se han identificado 46 sitios que exhiben material cerámico con estilos cerámicos que corresponden a poblaciones altiplánicas Pacajes que dominan la parte sur del altiplano central. No obstante, en zonas donde este estilo está relacionado con rasgos de la ocupación inca, también se puede identificar material significativamente similar al denominado Altiplano (propio de la región noroeste del Lago Titicaca) y fragmentos con decoración modelada e incisa muy popular en los asentamientos yungueños y de tierras bajas.

El sitio más importante para esta fase está en la localidad de Uypaca y comprende un conjunto de torres funerarias que corresponden a tres diferentes etapas de asentamiento, estando en mejor condición las que corresponden al momento en el que el valle de La Paz estuvo bajo la dominación del incario, tal como se observa en la figuras 30. Otro importante conjunto de torres funerarias (Figura 31), se hallan en la zona denominada Kaque Marka, emplazado en la parte alta del valle de Achocalla, que pertenece desde hace poco a la jurisdicción del municipio de El Alto. Este conjunto de torres funerarias fue restaurado en 2010 por Roberto Hidalgo.

3.4. Explotación minera:

Las fuentes coloniales, otorgan una gran importancia al valle paceño, no sólo como frontera interétnica y en-

clave extra-territorial, sino también como repositorio de fructíferos yacimientos auríferos (tanto en depósitos aluviales como en vetas). Este hecho, sumado a una serie de factores (clima; puerta de acceso a las áreas yungueñas productoras de coca; eje articulador con el altiplano, los valles orientales y los valles interandinos), habría determinado el “traslado” de la ciudad española de Nuestra Señora de La Paz al valle de Chuquiabo.

Según Thierry Saignes (49, 50), la hoyada de La Paz o Chuquiago constituía en 1533, un importante valle dedicado a las labores mineras, tanto en socavones profundos como en pozos abiertos. Los primeros fueron explotados por los incas y los segundos por mitimaes pertenecientes a distintos señoríos como los Lupaca y los Pacajes.

Durante la ocupación incaica de la región, las minas de los valles de La Paz y Achocalla pasaron a dependencia directa del Cuzco, siendo fuertemente vigiladas por los “mayordomos” del gobernador inca.

La explotación minera de la región se realizaba de dos maneras: mediante la excavación de socavones profundos en las laderas, y a manera de pozos (huecos) practicados en superficie. Las primeras constituían vetas de cerro y eran explotadas por el inca, escarbando la tierra a modo de “cuevas” mediante el empleo de cuernos de ciervo; la tierra resultante era trasladada en sacos de pieles hasta las orillas de los ríos para lavarla sobre lozas (18).

Las segundas eran explotadas por los mitimaes del Collao y Lupacas y constituían lavaderos de río. Sin embargo, debido a la intensa explotación de la que fueron objeto las minas auríferas del valle, fueron prácticamente agotadas poco antes de la fundación de la ciudad española (50).

4. Población, diversidad étnica y economía local

La importancia multicultural del valle de La Paz y los valles vecinos, se remonta hasta épocas precolombinas en las que, según la evidencia arqueológica existieron diferentes asentamientos multiétnicos provenientes de diversas zonas ecológicas (altiplano, amazonía, valles, entre otras) (14, 18, 24, 25, 26, 27, 51, 52).

Ya en el siglo XIII los valles de La Paz y Achocalla (al igual que los Yungas de Zongo), habían pasado a formar parte del Señorío Aymara Pacajes. Sin embargo, la posterior incursión y reorganización incaica en la región, determinaría la intromisión de un fuerte componente multiétnico, gracias al traslado de mitimaes provenientes de diversas regiones.

De esta manera, se registra la presencia de mitimaes Chinchaysuyos (norte peruano), Lupacas (área cir-

cumlacustre), Pacajes (sur del lago Titicaca), Canas (norte del lago Titicaca), Canches (Cuzco), Cañaris (Cañar-Ecuador) y pobladores originarios de áreas próximas al valle (Pucarani y Viacha).

Este amplio contingente étnico instalado durante el incario, tanto en el valle de Chuquiabo como en los Yungas, no sólo constituía una planificada estrategia para controlar la zona aquejada por diversos conflictos jurisdiccionales entre grupos Omasuyos, Pacajes, Quiruas y Yungas; sino también para intensificar el aprovechamiento agrícola y pastoril del valle y cuencas vecinas.

Con este fin, fueron reutilizadas y ampliadas extensas redes de terrazas agrícolas, instaladas en cuencas próximas a los Yungas del norte y del sur (Hampaturi, Chuquiaguillo, Callapa, Chicani, Apaña y Palca) y áreas de acceso a los valles interandinos (Cohoni, Collana, Sahapaqui).

La estratégica ubicación de la hondonada de Chuquiabo, entre Altiplano, Yungas y valles permitía a su vez, el control del movimiento económico que circulaba por este corredor (ratificado por la presencia de diversas redes de caminos prehispánicos formales y secundarios), no sólo de productos agrícolas y minerales del lugar, sino también de aquellos traídos desde los valles del sur, los Yungas, el Cuzco y los valles costeros de Arica y Moquegua.

El desplazamiento de mitimaes a la región, obedecía tanto a la necesidad de controlar el eje tradicional de abastecimiento de hoja de coca⁷; como a la necesidad de vigilar las actividades de extracción aurífera por parte de los grupos locales que permanecían en el valle; asegurándose así un máximo aprovechamiento de las labores mineras⁸ en vetas (cuya explotación estaba reservada a los incas) y el control de la explotación de los ríos que realizaban las etnias locales y los propios mitimaes.

⁷ El valle de Chuquiabo se encuentra preferencialmente ubicado en el acceso de la “ruta de la coca” hacia los Yungas Chapi, a los cuales está conectado por el importante camino incaico del Takesi.

Precisamente, el consumo y abastecimiento de hoja de coca estaba destinado de manera particular a la población incaica, ya que suponía un bien de importancia ritual, lo que la convertía en un producto de valor suntuario, y por lo tanto altamente restringido y de uso exclusivo.

Posteriormente, durante la colonia, la coca se convertiría en el principal producto de exportación de los valles paceños, debido fundamentalmente a la alta demanda por parte de los centros mineros.

De esta manera, la producción de coca en los Yungas alcanzaría tal grado de especialización que para 1700 la región se constituiría en la mayor productora y distribuidora de coca para Potosí y Oruro, desplazando inclusive al Cuzco.

⁸ Destinaban en estas faenas a grupos especializados en tareas de explotación de minerales, tal es el caso de los Canches o Canchis “provechosos para trabajo, especialmente para sacar metales de plata y de oro...” (56).